

en la obra las fórmulas del tipo: no esto sino lo otro, «no un hombre sino una entidad, un símbolo, la encarnación al fin visible (...) la delegación materializada de esta omnipotencia oculta y sin rostro» (A 36); o este otro ejemplo: «no mamá sino una suerte de momia con cabeza de gavilán (...) con una nariz antiguamente borbónica y ahora similar al pico de algún ave de rapiña» (Tra 38). Con, a veces, una sobrecarga en que el recurso de muestra explícito: «(...) pero ¿cómo denominar esto? No la guerra ni la clásica destrucción o exterminio de uno de los dos ejércitos sino más bien la desaparición, la absorción por la nada o el todo original de lo que una semana antes era todavía, un regimiento, baterías, escuadrones, escuadras de hombres (...)» (RF 299). El movimiento de tales frases se compone de dos tiempos: uno que recusa el concepto e invalida su pertinencia, y otro que agita la lengua en busca de un decir de otro modo y pone en escena esta búsqueda, replegando la exploración paradigmática sobre la línea sintáctica. Porque la palabra hace de pantalla al pensamiento e impide pensar la cosa o el acontecimiento. Nombrar o desnombrar es encerrar el referente dentro de un sistema simbólico. Todo el trabajo simoniano de la nominación desbarata este encierro introduciendo un temblor de incerteza. El texto metafórico derrota la nominación y así da a leer a un sujeto también derrotado por la inadecuación del léxico disponible a su propia experiencia. Simon inventa entonces un espacio en que el decir puede informarse con otra cosa que no sea el uso, con una experiencia singular más que de un uso común. El trabajo de la metáfora favorece de tal manera la desapropiación de lo propio en beneficio de una apropiación del decir. El decir se compacta en torno del sujeto que escribe, que inventa su lengua —extranjera, diría Deleuze después de Proust¹⁵— y en el seno de una lengua común.

El proceso de metaforización corresponde así en Simon a lo que llamaré una figuración heurística del mundo vivido. Porque se trata de figurar lo que el lenguaje común no dice y, muy a menudo, enmascara. O, como lo repite con insistencia Michel Deguy, escribir el mundo en figuras, a fin de que aparezca el ser-cómo. Es decir: restituir esa parte sensible de la palabra, por el proceso de simbolización abstracta que lo gobierna, ignora. Jean-François Lyotard ve en *Discurso, figura*, el gesto propio de la metáfora que «introduce en el discurso de las pro-

¹⁵ Gilles Deleuze: «La littérature et la vie», en: *Critique et clinique*, Minit, Paris, 1993, pp. 11-17, citando unas palabras de Proust en *Contre Sainte-Beuve*: «Los bellos libros están escritos en una suerte de lengua extranjera.»

piudades venidas de lo sensible». Gracias a la figura, explica, «las palabras se ponen a inducir en nuestro cuerpo, como lo harían los colores, tal esbozo de actitudes, de posturas, de ritmos»¹⁶. Se podría dar como ejemplo de este fenómeno el de la superposición de las escenas sexuales y de la fuga en cuatro patas por la hierba tal como en *La ruta de Flandes* se confunden las unas con las otras, o también, en el mismo espíritu, el pasaje que superpone de la misma manera los cuerpos entrelazados durante el coito con los soldados amontonados en el vagón de los prisioneros.

Esta figuración es heurística en tanto que su movimiento avanza hacia: búsqueda, aproximación, acercamiento. No desde la última palabra, ni la palabra justa, ni de la imagen pertinente, sino desde una enunciación como espesada por sus vueltas y complementos, enriquecida sin cesar por su temblor y sus modulaciones. La función poética del lenguaje no se ejerce entonces como tal en la obra simoniana, sino en la acción que la combina con otras funciones: emotiva, metalingüística. Sobre todo, se hace función heurística, exploración común y simultánea de la lengua y el acontecimiento, en un esfuerzo nunca aflojado para alcanzar la una abandonando la otra.

3. La desjerarquización del principio analógico

Abandono y búsqueda son las causas de un desequilibrio sintáctico. La eficacia de la metáfora poética reside en su concentración. Cuanto más breve sea, enigmática y siderante, más seduce al lector. Ya se ha dicho que, para numerosos teóricos de la poética, la comparación reduce su impacto y atenúa el golpe. Pero ¿qué decir entonces de un texto que se hace exploratorio hasta el punto de desplegar lo implícito en la analogía y multiplicar sus variantes? Hay en esto una desjerarquización del principio analógico, el cual reclama que lo comparado permanezca siendo hasta el final el punto de resistencia del discurso y que los eventuales términos de comparación sean convocados sólo para expresar mejor su cualidad. La práctica simoniana invierte a menudo este equilibrio, enfila la metáfora, examina y despliega sus elementos, los cuales, a su tiempo, serán comparados en otras analogías. Se puede describir el funcionamiento de esta desjerarquización de distintas maneras, realizadas en el texto.

¹⁶ Jean-François Lyotard: *Discours, figure*, Klincksieck, Paris, 1978, p. 287.

Conclusión

Vuelvo, para terminar, al vínculo entre Proust y Simon. Se impone una diferencia en cuanto al orden metafórico, que conviene subrayar porque es capital en la obra de Simon. Es bien conocida la fórmula de *El tiempo recobrado*: «Se pueden hacer suceder indefinidamente en una descripción los objetos que figuraban en el lugar descrito, pero la verdad no empezará hasta el momento en que el escritor tome dos objetos diferentes, establezca su relación, análoga en el mundo del arte a la que une la relación causal en el mundo de la ciencia, y los encierre en el anillo necesario de un bello estilo; aún más: así como la vida cuando, aproximando una cualidad común a dos sensaciones, desgaja la esencia común reuniendo ambas para sustraerlas a la contingencia del tiempo, en una metáfora»¹⁷.

Dos apuntes: el primero es la marca de un acuerdo: conviene, en la práctica simoniana de la analogía, una búsqueda de la ley causal, salvo que dicha ley no se somete a una demostración lógica. No proviene del demostrar sino del mostrar, más aún del hacer ver, del dar a ver como. Es decir: de un dar a ver bajo las especies de... En Simon las causas son hipotéticas porque las tesis son hipótesis.

El segundo apunte es una diferencia. No se trata, para Simon, de atrapar las esencias. Mucho menos, sustraerlas a las contingencias del tiempo. Muy por el contrario: el tiempo se marca por medio de la analogía. Existen dos modalidades principales, muy conocidas ambas. Una es de lo arcaico, como lo muestran las comparaciones con las cargas de animales prehistóricos, a los mitos primitivos, a los movimientos geomórficos y a los tiempos primordiales. Estas analogías no son una salida del tiempo sino el resurgimiento de un tiempo caótico del cual la civilización desespera salir.

La segunda modalidad recurrente, antagónica pero similarmente negativa, es la de una caducidad del tiempo. Se la podría llamar apocalíptica, como respuesta a lo arcaico. En efecto, el sistema analógico lleva a menudo una condena a muerte, manifestación programada o constatada de un fin. La madre alcanzada por la agonía, el cuerpo por la descomposición, los paisajes por el otoño, son los ejemplos recurrentes. Es la metáfora negadora que coge el tema como la muerte se

¹⁷ Marcel Proust: *À la recherche du temps perdu*, ed. Pierre Clarac/ André Ferré, Gallimard, Paris, 1954, tomo 3, p. 889.

apodera del vivo. Así no existe la intemporalidad que la metáfora permitiría alcanzar, mucho menos una esencia, salvo que pensemos que la esencia de los seres y las cosas es su próxima caducidad, como también lo es de la Historia: su nativo salvajismo.

La crítica simoniana ha tomado en los últimos tiempos un cariz estilístico. Lo prueban numerosas tesis aprobadas o en curso. Se constata, en efecto –y aquí también con tratamiento de analogía– que la potencia del texto ha de contornear las acciones esperadas y su capacidad para construir una crítica fuera de todo discurso. Me parece que si se quisiera definir este estilo con una palabra, más allá de las constataciones hechas, debería hablarse de una poética de la hipótesis y de la epanortosis, dinámica de la insistencia, nominación múltiple, etc., y sería la fórmula de Deleuze la más conveniente: una escritura nómada, lo mismo que se habla, en filosofía, del pensamiento nómada de Nietzsche, en todas las acepciones del término¹⁸. El acercamiento a Nietzsche no es impertinente. Se sabe que el filósofo recurrió a la metáfora para sustraer su pensamiento a la sistemática conceptual. Sarah Kofman lo ha mostrado bien¹⁹. También se lo podría explorar por el lado de la desconfianza ante el Humanismo, del sentimiento de la caducidad del mundo y del eterno retorno de la Historia. No es el lugar apropiado pero retengo la idea de una escritura simoniana nómada. Nómada en su accionar, en sus encadenamientos, en sus disposiciones formales y textuales, en sus articulaciones temáticas, en lo que descodifica los discursos convencionales, los comportamientos sociales, las ideologías de masa y los asuntos de familia, en el sentido deleuziano. Y nómada, sobre todo, en su sintaxis y en su figuración, en sus tropismos. No es sorprendente que la metáfora, figura del transporte y de la circulación, sea en principio de una obra en movimiento como lo fue también, radicalmente, la de Montaigne²⁰.

Traducción: Blas Matamoro

¹⁸ Cf. Gilles Deleuze: «Una pensée nomade» (1973), en: *L'île déserte et autres textes*, Minuit, Paris, 2002, pp. 351-364.

¹⁹ Ver Sarah Kofman: *Nietzsche et la métaphore*, Galilée, Paris, 1983.

²⁰ Ver Jean Starobinski: *Montaigne en mouvement*, Gallimard, Paris, 1982.